



SOBRE EL VOLCÁN

«Estamos sobre un volcán con la mecha encendida!» — exclamaba hace poco un pobre diablo aspirante a periodista apocalíptico. Y esa frase, grotescamente cómica, simboliza el estado de ánimo de no pocos espíritus, que se imaginan que un volcán es una especie de bomba de dinamita y que va a estallar de un momento a otro.

Más divertida es aquella otra frase, también apocalíptica, de un orador francés, que exclamaba antaño en el Parlamento de su país: «El carro del Estado navega sobre un volcán!»

Y entretanto en las faldas del Vesubio, abonadas por la ceniza y la lava del volcán, que dan una muy excelente tierra de cultivo, viven numerosas familias. Los terrenos volcánicos parece que son singularmente fértiles. Ni suele fallar en ellos el agua precisa. Lo terrible suele ser otros terrenos, terrenos en que ha dominado el glaciar.

El año 79 después de Cristo una tremenda erupción del Vesubio sepultó bajo una lluvia de ceniza y fango a Pompeya, bajo lava a Herculano, y con ellos a otras pequeñas poblaciones. En 1748 empezaron las excavaciones, que dieron por resultado el descubrimiento de las enteradas ciudades, y en 1836 escribió Leopardi, el altísimo poeta, aquel su magnífico canto a «La retama» — «La ginestra o il fiore del deserto», — que es todo un curso de filosofía, de religión, de moral social y hasta de política, a la vez que estupenda poesía.

En ese canto soberbio, uno de los más grandes que han brotado de corazón humano, Leopardi nos dice que «como manzana que al caer del árbol — cuando en el tardo otoño, — la madurez tan sólo la derriba, — los dulces aposentos de hormiguero — cavado en mollar tierra — con gran labor; las obras — las riquezas que había recogido — la asidua tropa son fatiga grande — pródicamente en el estivo tiempo — magulla, rompe y

cubre; — desplomándose así desde lo alto — del citaro tonante, — lanzada al hondo cielo, — de cenizas, de pomez y de rocas — noche y ruina, clara — de hirvientes arroyuelos, — o bien ya por la faldá, — furioso entre la hierba, — de liquidadas masas — y de encendida arena y de metales — bajando inmenso golpe, — las ciudades que el mar allá en la extrema — costa bañaba, suma — rotas y recubiertas — al momento; donde hoy sobre ellas paca la cabra, o pueblos nuevos — surgen allí, cual de escabel teniendo — los sepultos; y los mazos postrados — a su pie pisotea el monte duro».

Pero no he de seguir transcribiendo aquí el canto leopardiano, que lo tomo de la traducción que publicó hace más de diez años en mi tomo de «Poesías». En la de Leopardi a la retama se nos cuenta cómo el pobre aldeano de las faldas del Vesubio explora el curso del temido hervidero, y así ve que se da prisa, si en el fondo — del doméstico pozo oye del agua — borbotar el hervor, a sus hijitos — a su mujer despierta, y al instante — con cuanto puede de lo suyo huyendo, — desde lejos contempla — su nido, y el terruño — que del hambre les fué el único abrigo — presa de la onda ardiente — que capitando se le viene encima — y sobre él para siempre se despliega.»

Y sin embargo, sobre aquellas ciudades que asoló hace ya cerca de diez y ocho siglos y medio el Vesubio — se alzan hoy otras, florecientes, y los campos abonados por la erupción del año 79 mantienen a no pocas familias. Y aquel suceso — que un suceso fué — nos ha valido el estupendo canto leopardiano.

Acabamos de leer un artículo, bastante apocalíptico, del ex ministro de Abastecimientos D. Balduino Argente, no poeta leopardiano, ni mucho menos, pero sí sociólogo socializante y casi socialista a ratos. Artículo en que el macizo publicista dice, entre otras cosas, que «a cada huelga triunfante, responde una mayor elevación de precios». Lo cual no es siempre exacto. Porque a muchas huelgas triunfantes se sigue un adelanto mecánico, la implantación de alguna mejora industrial técnica que antes no era económicamente ventajosa. A brazo barato, máquina cara, y viceversa. Ni los romanos introdujeron el molino de agua, hasta que por la carestía en la manutención del esclavo les fué más barato el motor hidráulico que no el de carne humana.

Y otro día contaremos aquí a nuestros lectores cómo en los pueblecitos pesqueros de la costa cantábrica, el dueño de la trainera, el que la había hecho o comprado, y que solía ser un marinero más, cobraba además del salario de su trabajo

de pescador, una pequeña renta, meno que ese salario, por el alquiler de la trainera. Es decir, que no era él quien alquilaba pescadores, por un jornal fijo, para que pescaran con su trainera, sino que eran los pescadores, la cofradía de ellos, quien le alquilaba su trainera. Y todo ello porque el mar es libre y no paga renta, y la trainera, aunque máquina de pesca, no cabe decir que sea solar. Y a esto le llamaremos la lección de la trainera. Pero volvamos al volcán.

¿Que estamos sobre un volcán? Es mejor que estar sobre un páramo. ¿Que hay quien no duerme explorando el curso del temido hervidero y escuchando si borbota el agua en el fondo del pozo doméstico? Así, al menos, se librará de morir de modorra. Y pensará. Porque hay quienes se horrorizan de estos períodos de honda agitación social, porque les obliga a pensar y a decidirse y a resolver.

Por lo que a nosotros hace, mientras veamos como vemos a tantos rematados burgueses, de los que más chillan contra el actual desharajuste político, pasarse cuatro o cinco horas de la tarde cada día jugando con las fichas del dominio o con los naipes, nos parecerá que no hierve bastante el agua de su pozo doméstico.

Lo más terrible que hoy pasa es que una buena parte de la burguesía de la clase patronal quiere que sean las legiones pretorianas las que le resuelvan su conflicto, mientras ella juega al tresillo o al chamelo, o acaso al monte o a la ruleta. Y luego grita: «¡Estamos sobre un volcán con la mecha encendida!» Así, con mecha y todo.

Son los mismos — esos del tresillo, del chamelo, del monte o de la ruleta — que repiten: «¡Aquí hace falta un hombre!» Y lo que hace falta es que ellos sean hombres y que, como hombres, vean cómo se lucha o cómo se firma la paz, cómo se vence o cómo se pacta. Sólo culpan de débiles a los gobiernos los pueblos que son más débiles que ellos.

Pero hay algo peor que vivir sobre las faldas de un volcán, lo cual ni es malo y hasta puede ser muy bueno. ¡Lo peor es tener que vivir sobre un témpano flotante, sobre un iceberg y que se derrita!

Y para acabar esta divagación de una manera digna, recordemos lo que nos dice en los versos 579 y 580 del canto VIII de la «Odisea», y es que «los dioses tramaron y tejieron la perdición de los hombres para que los venideros tuviesen algo que cantar».

Miguel de UNAMUNO.

